



ANTONIO MACHADO, SU POESÍA Y SU EJEMPLO¹

Antonio Machado es uno de los más hondos poetas españoles, una de las personalidades más definidas de nuestra historia cultural, de redondez verdaderamente goethiana y de una importancia de pensamiento equiparable a la de su compañero y maestro Miguel de Unamuno. Su poesía está entre las más puras e inagotables de cuantas componen el panorama poético español.

Había nacido en Sevilla, una noche de julio de 1875, y fue uno de los más jóvenes escritores de la generación del 98. Coincide esta fecha - la de 1898- con la de la iniciación de su obra. La poesía española estaba aireada, desde hacia unos diez años, por un viento tropical que cruzaba París antes de llegar a nuestra meseta. El buen novelista y buen vigía de Juan Valera había señalado el paso de "Azul", el libro de Rubén Darío, por las aguas atlánticas.: todo lo que era nuevo en poesía - salvo el terrible Miguel de Unamuno- navegaba bajo el mismo pabellón. Antonio Machado no fue un poeta modernista, pero Rubén significó para él lo que ha significado para toda la poesía española. América influyó, en esta ocasión, sobre España. Rubén influyó sobre nuestra poesía. Con "el indio divino, domesticador de palabras" nació la palabra moderna española.

Las influencias francesas significaron muy poco., como significaron muy poco las italianas para Garcilaso, a quien debemos el acontecimiento de la poesía española renacentista.

Rubén Darío funda la palabra poética de nuestro tiempo: reencuentra la armonía verbal, la melodía inicial de cada palabra. El tierno y gigante nicaragüense devuelve a la palabra su brillo y su pristinidad de origen. Luego Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez ahondarán y purificarán la intención rubeniana.

Es indudable en Machado, a pesar de las opiniones en contra, este primer contacto modernista que no por fugaz es menos cierto. En 1904 el poeta saluda la llegada de Rubén con estos inconfundibles acentos:

La nave bien guarnida,
con fuerte casco y acerada proa,

¹ Esta conferencia fue leída en la Academia San Dionisio de Jerez en el mes de abril de 1963.



de viento y luz la blanca vela henchida

surca, pronto a arribar, la mar sonora.

Y yo le grito : ¡Salve! a la bandera

flamígera que tiene

esta hermosa galera

que de una nueva España a España viene.

La poesía de Machado es, para algunos, "de estructura clásica". Para otros el poeta es todo lo contrario: un romántico contenido. Hay quien le considera totalmente inmerso en la generación del 98. con todo lo que esto trae consigo de oposición a la escuela de Rubén. Salinas ve en él "leves acentos modernistas", considerándolo, a pesar de esto, como "un típico poeta del 98". Pradal-Rodriguez, sin embargo, afirma que la influencia rubeniana se manifiesta señaladamente a través de su obra.

Nosotros creemos que la poesía de Antonio Machado es la conjunción, la "unión mágica" de Rubén y Unamuno.

Reconozcamos, sin embargo, que todo esto no es más que una tentativa de clasificación literaria porque la estética de Machado es una estética muy personal: él avanza paso a paso hacia sí mismo. él hace la poesía que tiene que hacer: su poesía, de tan hondas e inmarchitables resonancias que su milagro poético apenas se repite en toda la lírica española contemporánea. Reconozcamos, también, inmediatamente que ninguna poesía es tan entregada y fiel como la suya a la secreta inspiración de su tiempo, a la que vivifica toda la generación del 98. Ortega ha señalado acertadamente la trayectoria de nuestro gran maestro sevillano al afirmar que fue preciso empezar por la responsabilidad del material poético: fue preciso insistir hasta con exageración en que una estrofa es una isla encantada donde no puede penetrar ninguna palabra del prosaico continente sin dar una voltereta en la fantasía y transfigurarse, cargándose de nuevos efluvios, como las naves, en otro tiempo, se colmaban en Ceilán de especias... Esto vino a enseñarnos Rubén Darío, el indio divino, domesticador de palabras, conductor de los corceles rítmicos. Sus versos han sido una escuela de forja poética; él ha llenado diez años de nuestra historia literaria.



Pero ahora es necesario más: recobrada la salud estética de las palabras, que es su capacidad ilimitada de expresión, salvado el cuerpo del verso, hace falta resucitar su alma lírica. Y el alma del verso es el alma del hombre que lo va a componiendo. Y este alma no puede a su vez consistir en una estratificación de palabras, metáforas y ritmos. Tiene que dar un lugar donde dé su aliento el universo, respiradero de la vida esencial, "spiraculum vitae", como decían los místicos alemanes.

Antonio Machado es un andaluz ganado por Castilla. Dejó Andalucía, dejó esta poesía halagadora de los sentidos, en una etapa de recuerdos juveniles, y, en vez de una actitud de indolencia receptiva y epidérmica, Machado fue elaborando una estética de raíz profunda. Es necesario hacer notar que existen dos maneras poéticas andaluzas: una, de concentración hacia dentro en la que la poesía es meditación y en la que hay un predominio de la vivencia sobre la palabra; otra de concentración hacia fuera en la que la poesía es puros ojos, puros contornos y puros oídos.

En la primera concentración, la poesía es una verdadera depuración solitaria: es el éxtasis
juanramoniano que no mata lo vivo.

En la segunda, es esencial el movimiento: el maravilloso gesto de moverse, que diría Vasari, y en la que cada palabra de esta poesía es prisionera de una intención dinámica. Antonio Machado quedaría incluido en la primera concentración, frente a Lorca, por ejemplo, que es el máximo representante de la segunda.

Es posible que Machado no sea en apariencias un poeta andaluz, pero no olvidemos que Andalucía tiene muchos modos de dar poetas.

Antonio Machado era un hombre sencillo, tímido, limitado, sin elocuencia, sin "duende". Quienes conozcan su obra convendrán conmigo en que la parquedad de medios de su poesía es extrema, que son modestísimas sus innovaciones métricas y metafóricas, que su repertorio de ideas es de una gran simplicidad.

Rara vez se ha conseguido, con tan escasos recursos, tal altas calidades líricas. No hay en su poesía rastro de histrionismo ni exhibición ostentosa de belleza, no hay el menor manoseo de los hallazgos, ni insiste en ellos ni los subraya. Y todo esto porque su poesía representa un máximo de autenticidad.

El estudio de los versos de Antonio Machado debe comenzar por el de sus materiales primeros, por el elemento propiamente básico, constitutivo de los mismos; es decir, por el análisis del lenguaje.

Ya hemos dicho en otra ocasión que el poema es obra del poeta, que el poema es la criatura del poeta, y, el poeta, el hombre frente al mundo: frente al mundo en que nace, crece, vive y muere: el hombre frente al mundo real y también frente al mundo futuro.



La poesía es, pues la razón del poema. La poesía está en sus palabras esenciales: las palabras que utiliza el poeta fundan o revelan el ser a pesar de la breve duración de sus sonidos: son como una luz abriantadora de esa interioridad de las cosas: el verso hecho criatura, la criatura hecha palabra, la palabra hecha temblor de Dios. Lo cantaba Hoelderlin: tomar el rayo del Padre, con nuestra propia mano y entregar al pueblo, velados en la canción, los dones celestes. El nombre da a las cosas su sustancia. La nominación de soberanía a las cosas: Antonio Machado decía:

No desdeñéis la palabra;

el mundo es ruidoso y mudo

poetas, sólo Dios habla.

Dar nombre a las cosas, abrirles la misteriosa puerta que conduce a la insondable hondura de la auténtica realidad, es el intento del poeta. Las cosas necesitan ser conocidas, reconocidas y amadas; lo que Rilke llama la "intimidad del ser". Las cosas están ahí, aunque yo no las nombre, pero sólo cuando las nombro adquieren esa realidad conmigo: ese calor y esa intimidad. Antonio Machado se vio en la necesidad de crear un lenguaje personal de utilizar esas "protopalabras", esas palabras originales a las que antes hemos aludido. El poeta buscaba afanosamente ese lenguaje que, en vez de implicar intenciones herméticas, tendiera al habla corriente - que la poesía no es otra cosa que el "libro de memorias" y no cabe en ella otra temática que la del hombre y su destino, porque "lo único eternamente nuevo para el poeta es el mundo"-. Machado quería infundir a cada palabra la significación moral, la previsible e imaginable por el "otro", buscando claridad y transparencia como primeras condiciones del verso. Los vocablos expresaban así, sin veladuras, la emoción en donde arraigaba el poema y eran fieles al designio del poeta, en cuanto a que no se interponían entre la obra y el destinatario.

A Machado no le preocupa la palabra en sí, sino que en cuanto que es sustancia del poema. No hay en él tendencias a exaltar la palabra, no supedita nada a la palabra; al contrario, su afán fue encaminado a la adecuación de expresión y sentimiento en forma que los vocablos parecieran enlazados del modo más natural, produciendo la impresión de que esa naturalidad había sido lograda sin esfuerzos, espontáneamente.

La distinción establecida por Sartre entre la manera de utilizar las palabras en la poesía y en la prosa carece de eficacia ante la obra de Antonio Machado. El poeta no emplea la palabra como objetos,



prescindiendo de su significado. Vivencia y lenguaje nacen juntos. La intuición va asociada a la palabra: a esas palabras originales con las que el poeta revela o funda el universo de la materia y del sentimiento. Machado nunca busca la rareza porque en el lenguaje cotidiano encuentra reservas suficientes:

¿Mi corazón se ha dormido?

Colmenares de mis sueños

¿Ya no labráis? ¿Está seca

la noria del pensamiento,

los cangilones vacíos,

girando de sombra llenos?

No, mi corazón no duerme.

Está despierto, despierto.

Ni duerme ni sueña, mira,

los claros ojos abiertos,

señas lejanas y escucha

a orillas del gran silencio.

Antonio Machado no selecciona los vocablos atendiendo a criterios meramente estetizantes. La voluntad de aprehender la "honda palpitación del espíritu" le obliga a poner el acento en la percepción de las voces interiores, atendiendo a comunicarlas con la mayor sencillez. Machado se acerca a las cosas, pero no las viste de recursos retóricos. Las cosas están "presentes" en la poesía de Machado, pero no como meras cosas, sino como realidades vividas, cubiertas - como dice Julián Marias- por una pátina humana.

Este procedimiento de crear una circunstancialidad en el poema sirve para darle a esta poesía un



carácter vivido, y prestar concreción a las cosas nombradas en ella, que no son objeto de una mera mención abstracta, sino "denominadas" y traídas así eficazmente a nuestra presencia. Es tan cierto el "carácter vivido" de la poesía machadiana, que, cuando el punto de vista no es propiamente el interno a la escena, sino el del melancólico espectador maduro - como, por ejemplo, en el poema de los niños- el escenario está condensado en la fuente, que no es en rigor un elemento de la situación infantil, sino la réplica sentimental del canto para el hombre que la escucha.

Antonio Machado va separando lentamente su acento personal de los dominantes de su tiempo. También quedaron en el recuerdo los temas y las metáforas modernistas de los primeros tiempos. El andalucismo aparece frecuentemente; hay un camino que Manuel y Antonio Machado recorrieron juntos, hasta que llegara a cierta altura de la vida, y, más aún, de la autenticidad poética, se inicia la divergencia. Pero es en 1912 cuando al aparecer el libro "Campos de Castilla" aparece también la propia peculiaridad machadiana. ¡Qué emocionado cuarteto el que dice!:

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera

mi verso, como deja el capitán su espada:

famosa por la mano viril que la blandiera,

no por el docto oficio del forjador preciada.

En la concavidad de su giro -dice Ortega- se abrazan las viejas y las nuevas formas. El verso como una espada en ejercicio, como una espada que hiere y que mata, y no como la de una marchitada panoplia. El verso como una espada en uso; es decir, puesta al extremo de un brazo que lleva al otro extremo las congojas del corazón.

En la poesía de Antonio Machado se pueden distinguir cuatro fases, que no coinciden exactamente con fechas precisas, pero que sí son tendencias dominantes en otros tantos periodos, definidas por los temas y la técnica poética.

En la primera Machado conquista la simplicidad expresiva a través de las evocaciones. Machado evoca la intimidad pasada, el poso del sentimiento en el fondo del alma. La segunda fase es, a nuestro entender, la más señalada. Corresponde a la etapa soriana de Machado, a los años de su profesorado en el Instituto de Soria, a su amor feliz por Leonor, a la muerte de la esposa, todavía adolescente.



Después de Soledades y Galerías - títulos significativos de la primera etapa-, el libro "Campos de Castilla" aporta tres grandes temas: La preocupación histórica, el paisaje - lo más característico de la generación del 98- y el amor. Al final aparecerán Castilla lejana, refugiada en el recuerdo y el amor perdido. En la tercera etapa Machado ha vuelto a Andalucía, huyendo de la pesadumbre de Soria después de muerta Leonor, pero se siente en ella desterrado.

En estos campos de la tierra mía,
y extranjero en los campos de mi tierra
- yo tuve patria, donde corre el Duero
por entre grises peñas,
y fantasmas de viejos encinares,
allá en Castilla, mística y guerrera,
Castilla la gentil, humilde y brava,
Castilla del desdén y de la fuerza-,
en estos campos de mi Andalucía,
¡oh tierra en que nací! cantar quisiera.

En la última etapa crea Machado personajes ficticios en que se desdobra: Abel Martín, Juan de Mairena, filósofos, poetas y retóricos, andaluces como él, preocupados por el amor, la poesía y la divinidad.

Machado trata de hacerse y expresar líricamente una ideología, y aprovecha para potenciar su carácter aforístico y abrupto, las formas populares, en las que se da -como advirtió agudamente Vossler- lo incompleto y quebrado, la irrupción brusca de un decir que se interrumpe súbitamente, dejando adivinar algo que queda en la sombra, y que constituye una de las potencias estéticas del



Romancero.

Antonio Machado, como casi todos los escritores de la generación del 98, se sintió vivamente atraído por la realidad física e histórica de España, y a la vez, sobrecogido por el problema de su destino nacional. La tierra en torno despierta una indudable emoción en el corazón del poeta:

¿Eres tú, Guadarrama, viejo amigo,

la sierra gris y blanca,

la sierra de mis tardes madrileñas

que yo veía en el azul pintada?

Por tus barrancos hondos

y por tus cumbres agrias,

mil Guadarramas y mil soles vienen,

cabalgando conmigo, a tus entrañas.

Y ante la grave y sombría encina de Los llanos y de los alcores de Castilla, vuelve a cantar:

¡Encinares castellanos

en laderas y altozanos,

serrijones y colinas

llenos de oscura maleza,

encinas, pardas encinas;



humildad y fortaleza!...

Y canta al olmo viejo, hendido por el rayo; y a la humilde pradera donde pacen los toros; y a la tierra de Baeza. Y canta y sueña, sobre todo, la emoción del campo soriano, ese campo gris y tierno donde fue enterrado su corazón. No todo es, sin embargo, como ha señalado Laín Entralgo, sensación elemental y mundo íntimo en este sentimiento poético del paisaje castellano. Bajo las notas impresionistas y entre las efusiones líricas vive la emoción del español. Como en Unamuno y como en Azorín, una visión de España y de su historia se interponen entre la pupila del poeta y la tierra que canta.

Hay en la visión machadiana de los campos de Soria un hecho singular: su humanización. La tierra de Soria humanizada bajo la especie de un guerrero con casco, escudo, armas, y ballesta, seguido en la barbacana. No es Antonio Machado un poeta típicamente amoroso, como Pedro Salinas por ejemplo. Ahora bien en contados poemas late con más fuerza, sinceridad y eficacia la sinceridad del amor.

Nubes, sol, prado verde y caserío

en la loma, revueltos. Primavera

puso en el aire de este campo fría

la gracia de sus chopos de ribera.

Los caminos del valle van al río

y allí, junto del agua, amor espera.

Por ti se ha puesto el campo ese atavío

de joven, oh invisible compañera?

¿Y ese perfume del habar al viento?

¿Y esa primera blanca margarita?...



¿Tú me acompañas? En mi mano siento
doble latido; el corazón me grita,
que en las sienes me asorda el pensamiento:
eres tú quien florece y resucita.

Machado no llegó a escribir en vida de Leonor - la frágil compañera con quien se casara un día en Soria- un solo poema. Cuando muere Leonor, cuando se le convierte en ausencia, canta -porque "se canta lo que se pierde"- y nos da, como fruto de su melancólica evocación, un puñado de versos a los que difícilmente podría hallárseles par en la poesía amorosa española:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.

Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar. En otro poema Machado narra la muerte de su esposa. La contenida voz del poeta sevillano, libre de todo histrionismo y gesticulación plañidera, reduce aquel momento trascendental a la categoría de pequeño suceso: de pequeño, íntimo y entrañable acontecimiento. Pero la sombra de Leonor no dejará al poeta. Las presencias del ayer: la voz, las manos, la mujer, que en vida no se cantaron, irrumpen ahora soñadas:

Soñé que tú me llevabas
por una blanca vereda,
en medio del campo verde,
hacia el azul de las sierras,
hacia los montes azules,



una mañana serena.

Sentí tu mano en la mía,

tu mano de compañera,

tu voz de niña en mi oído

como una campana nueva,

como una campana virgen

de un alba de primavera.

¡Era tu voz y tu mano,

en sueños, tan verdaderas!...

Vive, esperanza, ¡quien sabe

lo que se traga la tierra!

En septiembre de 1929, aparecen en la "Revista de Occidente" de Madrid unas bellas canciones dedicadas por Antonio Machado a Guiomar.

¡Sólo tu figura

como una centella blanca

en mi noche oscura!

¿Quién era Guiomar?...Se ha dicho que una criatura soñada por la fantasía del poeta; se ha dicho que una aventura sin seriedad ni profundidad. Yo creo - modestamente. que todo lo contrario. Guiomar, con su bello nombre de romano morisco, fue un ser real. Lo prueba el epistolario amoroso que, en 1950, publicó - incomprensiblemente truncado- Concha Espina. Por él sabemos que la guerra



española de 1936 separó geográficamente a los amantes: el poeta quedó en la zona republicana y Guiomar en la nacional. A esta separación se refiere este bellissimo y desconocido soneto.

De mar a mar entre los dos la guerra
más honda que el mar. En mi parterre
miro a la mar que el horizonte cierra.
Tú, asomada, Guiomar a un finisterre,
miras hacia otro mar, la mar de España
que Camoens cantara, tenebrosa.
Acaso a ti mi ausencia te acompaña.
A mí me duele tu recuerdo, diosa.
La guerra dio al amor el tajo fuerte.
Y es la total angustia de la muerte.
con la sombra infecunda de la llama
y la soñada miel de amor tardío
y la flor imposible de la rama
que ha sentido del hacha el corte frío.

Hay quienes intentan negar la realidad de Guiomar para no destruir la leyenda de su eterna fidelidad a Leonor. Esta leyenda carece de fundamento: es poco verosímil y poco humana en el poeta: Machado amó a Leonor: el amor es una cerradura de oro con la llave eternamente perdida. Alguna vez - pocas- se encuentra la llave. Otras veces no se encuentra. Pero es casi inevitable, en cualquier caso, probar todo un llavero...



El tema religioso no es, en rigor, un tema machadiano: es una veta de agua subterránea "siempre buscando a Dios entre la niebla". Hay hombres cuya existencia consiste en vivir la fe; hay otros para quienes la vida es un continuo buscar la fe. Machado fue uno de esos hombres buscadores de fe y de esperanza.

Amargura

de querer y no poder

creer, creer y creer...

La poesía de este inolvidable maestro sevillano es el testimonio de su temporalidad y de su incertidumbre:

Yo voy soñando caminos

de la tarde. ¡Las colinas

doradas, los verdes pinos,

las polvorientas encinas!...

¿Adónde el camino irá?

Pero la solución está en el corazón, y yo os invito a que la busquéis siempre en él. En él la buscó el poeta:

-Mi corazón espera

También, hacia la luz y hacia la vida

otro milagro de la primavera-

Por eso cuando se murió Leonor el corazón del poeta se rebela:

No te verán mis ojos;

¡ mi corazón te aguarda!



El corazón no lo olvidéis es la esperanza. Todo esto porque el corazón - que yo me supongo
conservarán todos ustedes intacto- es la estructura de la realidad humana. El "corazón" de Machado
como el "cuore" de Dante, es algo más que un nudo de sentimientos; es en última instancia el
fundamento real de la existencia humana.
La última esperanza de Antonio Machado está en Dios, porque "quien habla solo espera hablar a
Dios un día".